

Seix Barral Biblioteca Formentor



Yu Hua

Gritos en la llovizna

Traducción del chino por
Anne-Hélène Suárez Girard con la colaboración
de Qu Xianghong y Zhang Peijun

Título original: *Zai xiyu zhong de huhan*

© Yu Hua, 2007

© por la traducción, Anne-Hélène Suárez Girard, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats



经典中国国际出版工程
China Classics International

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-322-2947-3

Depósito legal: B. 14.329-2016

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

NANMEN

En 1965, un niño empezó a sentir un terror indescriptible a la oscuridad nocturna. Recuerdo esa noche en que flotaba la llovizna; yo ya estaba acostado, era tan menudo que parecía un juguete que alguien hubiera dejado encima de la cama. El agua que goteaba del alero daba relieve a la existencia del silencio, y sólo olvidando paulatinamente ese goteo en medio de la lluvia fui conciliando el sueño; debió de ser entonces, mientras me quedaba dormido, tranquilo y seguro, cuando pareció surgir ante mí un sendero recóndito, abriéndose a mi paso los árboles y las matas. Llegó hasta mí la voz de una mujer, como un llanto lejano, un quejido ronco que irrumpió en la noche silenciosa. El niño de mis recuerdos se echó a temblar.

Me veo a mí mismo: un niño asustado con mirada de espanto y el rostro apenas visible en la oscuridad. El lamento de esa mujer se me hizo eterno. ¡Con cuánta ansiedad y miedo esperaba que le respondiera otra voz que calmara ese llanto!, pero no apareció. Ahora me doy cuen-

ta de la causa de mi terror de entonces: en ningún momento se elevó una voz que respondiera. No hay nada más estremecedor que un grito de soledad y desamparo en la inmensidad de una noche de lluvia.

Otro recuerdo sigue de cerca al primero: varios corderos blancos vienen por la hierba de la ribera. Evidentemente, se trata de una impresión diurna, una caricia reconfortante tras el desasosiego producido por el recuerdo anterior. Sólo que no acierto a determinar en qué lugar me encontraba cuando recibí esa impresión.

Unos días después, quizá, me pareció oír una voz responder al lamento de esa mujer. Estaba anocheciendo, acababa de pasar una tormenta y los negros nubarrones rodaban en el cielo como una densa humareda. Estaba yo detrás de nuestra casa, sentado junto al estanque, cuando un desconocido se aproximó a mí en medio de ese ambiente cargado de humedad. Iba de negro, y sus ropas ondeaban como banderas al avanzar bajo ese cielo sombrío. Esa imagen acercándose me trajo de nuevo a la mente con nitidez el lamento de la mujer. El desconocido no dejó de mirarme con ojos penetrantes desde que apareció a lo lejos hasta que llegó cerca de donde yo estaba. En el instante en que yo había quedado paralizado de terror, giró para enfilarse un camino entre dos bancales y se alejó poco a poco. Su ropa holgada batía agitadamente por el viento. Al recordar mi pasado, ya de adulto, siempre me detengo un buen rato en ese episodio, intrigado por el hecho de que interpretara el aleteo de la ropa como una respuesta al lamento de la mujer en esa noche de lluvia.

Recuerdo una mañana, una de esas mañanas límpidas y luminosas. Yo iba corriendo detrás de un grupo de niños del pueblo. Mis pies pisaban la tierra blanda y es-

ponjada, la hierba danzaba con la brisa. La luz del sol, más que una claridad cegadora, parecía un suave color que untara nuestros cuerpos. Corríamos como esos corderos de la orilla. Tras una carrera larga, creo, llegamos a un templo en ruinas y vi unas enormes telarañas.

Un niño del pueblo nos había avisado. Aún recuerdo su palidez.

—¡Allí hay un muerto! —había dicho con los labios temblorosos por el viento.

El muerto en cuestión yacía bajo las telarañas. Reconocí al hombre que había visto venir hacia mí la tarde anterior. Me esfuerso sin éxito en tratar de recordar qué sentí en aquel momento. Mis recuerdos del pasado han quedado vacíos de los estados de ánimo originales, como cáscaras; los estados de ánimo que contienen son los actuales. La muerte repentina del desconocido no pudo producir más que cierto asombro, sin grandes aspavientos, en el niño de seis años que yo era entonces. Estaba tumbado boca arriba, en la tierra húmeda, con los ojos cerrados y el semblante apacible. Me fijé en sus ropas negras cubiertas de manchas de barro diseminadas como las anónimas flores cenicientas que bordean los caminos entre bancales. Era la primera vez que veía un muerto, y parecía dormido. Ésa fue mi sensación real a los seis años: morir se era quedarse dormido.

A partir de ese día tuve terror a la oscuridad. Me veía a mí mismo en la carretera de entrada al pueblo mientras caía la noche a raudales como una riada, anegando mis ojos y anegándolo todo. Durante mucho tiempo, permanecía tumbado en la cama, en la oscuridad, sin atreverme a dormir. El silencio que me rodeaba ampliaba infinitamente mi espanto. Una y otra vez luchaba contra el sueño: éste me agarraba con fuerza intentando arrastrarme y

yo me resistía como gato panza arriba. Temía acabar como ese desconocido y no poder despertarme nunca más si me quedaba dormido. Pero al final me vencía el cansancio y no tenía más remedio que dejarme caer hasta sumergirme en la paz del sueño. Cuando me despertaba al amanecer, al descubrir que seguía vivo y que el sol se deslizaba por el resquicio de la puerta, me embargaba una alegría incomparable: ¡me había salvado!

Mi último recuerdo de los seis años es de mí mismo corriendo. En mi memoria resurge el antiguo esplendor de los astilleros de la ciudad: el primer barco de cemento allí construido estaba a punto de arribar al puerto fluvial de Nanmen. Mi hermano mayor y yo corríamos hacia la orilla. ¡Cómo resplandecía el sol! Iluminaba a mi joven madre, con el pañuelo a cuadros azules que llevaba en la cabeza, flotando en la brisa otoñal, y mi hermano pequeño sentado en su regazo mirándolo todo desconcertado. Mi padre, con su risa sonora, subió descalzo al camino del bancal. ¿Por qué tuvo que aparecer ese hombre alto y fuerte, vestido de militar? Llegó hasta nosotros como entra una hoja volando en el bosque.

La orilla estaba atestada de gente. Deslizándonos entre las piernas de los adultos, cubiertos por el guirigay de las voces, mi hermano mayor y yo nos arrastramos hasta el borde y asomamos la cabeza entre las piernas de dos adultos como si fuéramos tortugas.

El momento culminante estuvo acompañado por el fragor ensordecedor de los gongs y los tambores: entre los gritos de júbilo de la multitud, vi aproximarse el barco de cemento. Llevaba tendidas varias cuerdas largas a las que habían atado papeles multicolores como flores que eclosionaran en el aire. A bordo, una docena de jóvenes aporreaban los gongs y los tambores.

—¡Hermano! —vociferé—. ¿De qué está hecho este barco?

—¡De piedra! —contestó él a gritos, volviéndose hacia mí.

—Y ¿cómo es que no se hunde?

—¡Serás tonto! —dijo mi hermano—. ¿No has visto que va sujeto con cuerdas?

Fue entonces cuando apareció de repente Wang Li-qiang, el hombre vestido de militar, imponiendo a mis recuerdos de Nanmen una interrupción de cinco años. Ese hombre alto y fornido me llevó de la mano hasta un barco de vapor que nos condujo, tocando la sirena sin parar, por un río interminable, hasta una población llamada Sundang. Yo no sabía que mis padres me habían entregado a ese hombre, así que creí que se trataba de una divertida excursión. De camino hacia el barco me había cruzado con mi abuelo, ya enfermo y achacoso.

—¡Ahora no tengo tiempo para hablar contigo! —le dije muy ufano al ver su semblante preocupado.

Cuando regresé a Nanmen cinco años más tarde, me encontré de nuevo con mi abuelo en ese mismo camino.

Poco después de mi regreso, una familia apellidada Su se instaló en Nanmen. Una mañana de verano, los dos niños Su sacaron una mesita redonda y la colocaron a la sombra de un árbol para desayunar.

Es una escena que presencié a los doce años. Los dos niños de la ciudad estaban allí sentados con su ropa comprada. Yo estaba apoyado en el borde del estanque, con mi pantalón corto de tela basta, hecho en casa. Entonces vi a mi hermano mayor, de catorce años, con el pequeño, de seis, de la mano, dirigiéndose hacia los niños Su. Igual que yo, andaban al sol con el torso desnudo y renegrido como dos lochas.

—Venid, vamos a ver qué comen los de la ciudad —había oído que decía el mayor al pequeño poco antes en la era.

De los muchos niños que había en la era, mi hermano pequeño fue el único que se mostró dispuesto a acercarse con él a los desconocidos. Mi hermano mayor avanzaba a grandes zancadas y con la cabeza bien alta, con aspecto de valiente sin par. El pequeño, en cambio, correteaba detrás, pisándole los talones. Las cestas de la hierba se balanceaban colgadas de sus brazos todo el camino.

Los dos niños de la ciudad dejaron sus boles y sus palillos y miraron desconfiados a mis hermanos. Éstos no se detuvieron. Pasaron junto a la mesa dándose aires y dieron la vuelta a la casa de esa gente de ciudad. Comparado con mi hermano mayor, el pequeño se veía un tanto fanfarrón.

—Los de la ciudad también están comiendo verdura en salmuera —oí que decía el mayor al volver a la era—, igual que nosotros.

—¿Sin carne?

—Ni chispa.

—Bueno, ellos la comen con aceite —rectificó el pequeño—. Nosotros, no.

—¡Anda, anda! —exclamó el mayor, dándole un empujón—. ¡Ni que el aceite fuera algo del otro mundo! ¡En casa también tenemos!

—El suyo es aceite de sésamo —prosiguió el pequeño—. En casa no hay de ése.

—¡Si no tienes ni puñetera idea!

—¡Que sí, que lo he olido!

A mis doce años, después de la muerte de Wang Liqiang, volví solo a Nanmen, y me pareció iniciar una nueva vida de niño adoptado. En esa época, experimentaba

con frecuencia sensaciones extrañas; como si Wang Liqiang y Li Xiuying hubieran sido mis verdaderos padres y la familia de Nanmen me hubiera acogido por caridad. Ese distanciamiento, esa falta de familiaridad, tuvo su origen en el incendio. Cuando mi abuelo y yo, tras encontrarnos por casualidad en el camino, llegamos a Nanmen, las llamas danzaban en el tejado de mi casa.

Ese hecho fortuito hizo que durante un tiempo mi padre nos mirara a mi abuelo y a mí con suspicacia, como si hubiéramos traído esa catástrofe. Cuando alguna vez me ponía sin querer junto a mi abuelo, mi padre gritaba alarmado, como si la cabaña que acababa de construir fuera a arder de nuevo.

Mi abuelo murió al año siguiente de mi regreso. Su pérdida hizo que mi padre abandonara su desconfianza hacia nosotros, pero no por ello mejoró mi situación en casa. Por influencia paterna, mi hermano mayor me había cobrado antipatía. Siempre que me veía cerca, me mandaba a paseo de inmediato. Me distancié poco a poco de mis hermanos y, como los niños del pueblo iban con mi hermano mayor, también me distancié de ellos.

No me quedó más que pasar las horas añorando la vida en casa de Wang Liqiang y mis amigos de infancia en Sundang. Recordaba innumerables escenas alegres, y no podía evitar sentir, al mismo tiempo, otras de congoja. Sentado solo a la orilla del estanque, recorría errabundo las vicisitudes del pasado. La gente del pueblo se sorprendía al verme reír solo, llorar solo. Les parecía cada día más un bicho raro. Hubo un momento en que incluso me convertí en su arma cuando se peleaban con mi padre. Decían que un hijo como yo sólo podía venir de un padre de mala calaña.

En los años que pasé en Nanmen, la única vez que mi

hermano mayor me pidió perdón fue cuando me hizo daño en la cabeza con una hoz y se me cubrió la cara de sangre.

Eso sucedió en el aprisco. Al principio, cuando recibí un golpe fuerte en la cabeza, no supe con claridad lo que había ocurrido, sólo vi un cambio repentino en la actitud de mi hermano. Sólo entonces sentí la sangre derramarse por mi cara.

Mi hermano se puso en la puerta impidiendo el paso con expresión de pánico y desconcierto. Me pidió que fuera a lavarme la cara. Me las arreglé para apartarlo de un empujón y me dirigí hacia la salida del pueblo a buscar a mi padre, que estaba trabajando en el campo.

En esa época, todo el pueblo estaba echando abono en el huerto. La brisa traía un ligero olor a estiércol. Al acercarme al huerto, oí a unas mujeres chillar y me pareció ver que mi madre venía corriendo. Cuando llegó, me preguntó algo, pero no contesté. Seguí andando hacia mi padre.

Lo vi sujetando el largo mango del cazo lleno de estiércol que acababa de sacar del cubo, en suspenso, mirándome.

—Ha sido mi hermano mayor —me oí decir.

Mi padre soltó el cazo, saltó fuera del bancal y regresó a casa a toda prisa.

Sin embargo, lo que yo no imaginaba es que, mientras me dirigía a buscar a mi padre, mi hermano hizo a propósito un corte con la hoz en el rostro del pequeño. Cuando éste iba a empezar a gritar, mi hermano mayor le dio una explicación y le pidió perdón. Conmigo, sus disculpas no habían surtido efecto, pero con mi hermano pequeño fue distinto.

Cuando volví a casa, en lugar de presenciar el castigo

al mayor, lo que vi fue a mi padre esperándome bajo el olmo con una cuerda en la mano.

El incidente se había transformado por la falsa acusación del pequeño: yo había empezado atacándolo con la hoz, y por eso el mayor me había hecho sangrar de esa manera.

Mi padre me ató al árbol. No olvidaré nunca la paliza que me propinó. Mientras recibía los golpes, los niños del pueblo se arremolinaban alrededor para verme, y mis dos hermanos mantenían el orden dándose importancia.

Tras ese incidente, escribí los caracteres «grande» y «pequeño» en la última página de mi cuaderno de deberes de lengua. A partir de entonces, siempre que mi padre y mi hermano me pegaban, lo apuntaba.

Después de todos estos años, aún conservo ese viejo cuaderno. Pero el olor a moho que desprende me impide experimentar con nitidez mi disposición de aquel tiempo, cuando juraba vengarme; ahora siento más bien cierta vaga sorpresa que, a su vez, me trae a la memoria los sauces de Nanmen. Recuerdo que, una mañana de principios de primavera, de repente descubrí con asombro las ramas secas cubiertas de brotes de un verde tierno. No cabe duda de que es una escena que puede considerarse bella, pero cuando reaparece en mi memoria está estrechamente relacionada con ese cuaderno de lengua que evoca mis humillaciones pasadas. Puede que sea la memoria: superados los rencores de este mundo, los recuerdos acuden solos.

Cuando mi situación en casa empeoró más, sucedió otra cosa que produjo un distanciamiento irremediable entre mi familia y yo, y supuso mi descrédito tanto en casa como en el pueblo.

La parcela de uso privado de los Wang estaba pegada

a la nuestra. Los hermanos Wang eran los más fuertes del pueblo. En esa época, el mayor de los Wang ya estaba casado, y su primogénito tenía la edad de mi hermano pequeño. En Nanmen eran corrientes los altercados acerca de las parcelas, de modo que no recuerdo bien lo que motivó el de ese día, sólo recuerdo que sucedió al atardecer. Yo estaba sentado a la orilla del estanque, mirando a mis padres y mis hermanos plantar cara a los seis miembros de la familia Wang. Los míos parecían endebles a su lado; hasta sus voces eran menos sonoras que las de los otros. En particular, la de mi hermano pequeño, que al insultar ni siquiera articulaba tan bien como el niño Wang de su misma edad. Casi todo el pueblo estaba allí. Hubo varios que se aventuraron a tratar de que entraran en razón, pero todos fueron rechazados por ambos bandos. Vi a mi padre abalanzarse hacia sus rivales amenazándolos con el puño, pero el hermano menor, Wang Yuejin, lo agarró por la muñeca y lo mandó al arrozal de un puñetazo. Chorreando y profiriendo insultos, mi padre trató de ponerse en pie para salir de allí, pero Wang Yuejin lo devolvió al agua de una patada. Todos sus intentos tuvieron el mismo resultado. Vi a mi madre correr vociferando hacia Wang Yuejin, que aprovechó su impulso para tirarla también al arrozal de un empujón. Mis padres se revolvían impotentes, como dos pollos en una charca. El espectáculo humillante de los dos acurrucados me hizo bajar la cabeza de congoja.

Mi hermano mayor se lanzó hacia los Wang, blandiendo un cuchillo de cocina. Detrás, el pequeño con la hoz. El cuchillo del mayor se hundió en las nalgas de Wang Yuejin.

Entonces se produjo un cambio brusco de situación. Los hermanos Wang, tan poderosos hacía unos instantes,

huyeron despavoridos hacia su casa, seguidos de cerca por el cuchillo de cocina de mi hermano mayor. Cuando éste llegó a la entrada, salieron ellos, cada uno apuntándolo con un tridente. Cuchillo en mano, mi hermano mayor se abalanzó hacia ellos. Ante su arrojo temerario, los dos Wang soltaron los tridentes y se escabulleron.

Mi hermano pequeño, estimulado por el ímpetu del mayor, iba con la hoz en alto, lanzando alaridos de guerrero heroico. Pero corría sin estabilidad, trastabillando.

Debido a que durante todo el conflicto yo me había quedado sentado al borde del estanque, mirando, todos los del pueblo, tanto si estaban a favor de mi padre como en su contra, incluso los Wang, consideraron que no había en el mundo nadie peor que yo. Es fácil imaginar, pues, mi situación en casa. Mi hermano mayor, en cambio, se convirtió en un héroe reconocido unánimemente.

Me aficioné a espiar a los Su cuando estaba sentado al borde del estanque o mientras segaba. Los dos niños de la ciudad no salían mucho. La ocasión en que fueron más lejos no pasaron del estercolero que había a la entrada del pueblo, y volvieron enseguida. Una mañana, los vi salir de su casa, quedarse en medio de dos árboles, hablando y señalando algo con el dedo. Luego se arrimaron a uno de los árboles, el mayor se puso en cuclillas, el pequeño se subió a su espalda, y fueron así, a caballo, hasta el otro árbol. A continuación fue el pequeño el que llevó al mayor hasta el primer árbol. Los dos niños repitieron esa acción turnándose. Cada vez que uno se encaramaba en el otro, me llegaban sus risas alegres. Las risas de ambos eran muy parecidas.

Al cabo de un tiempo vinieron tres albañiles de la ciudad con dos carretadas de ladrillos rojos y construyeron un muro alrededor de la casa de los Su, con los dos árboles

dentro, de modo que dejé de ver los juegos que tanto me conmovían. Sin embargo, seguí oyendo sus risas al otro lado del muro, y supe que seguían con sus diversiones.

El padre era médico en el hospital de la ciudad. A menudo veía a ese hombre de tez clara y voz agradable regresar con calma por la pequeña carretera. Sólo en una ocasión no volvió a pie. Apareció en la carretera montado en una bicicleta del hospital. Yo regresaba a casa con una cesta repleta de hierba, y me sorprendió el timbre a mi espalda. Oí al médico llamar a sus hijos desde la bicicleta. Cuando salieron los hermanos Su, brincaron y gritaron de alegría al verlo, antes de precipitarse hacia la bicicleta. Mientras, delante del muro, la madre sonreía mirando a su familia.

El médico llevó a sus hijos subidos a la barra por los caminos que separaban los campos. Los niños de la ciudad lanzaban gritos que me hacían vibrar. El pequeño, sentado delante, tocaba el timbre sin parar. La escena hizo que los niños del pueblo se murieran de envidia.

A los dieciséis años, cuando iba a primero de instituto, fue cuando traté por primera vez de entender la palabra *familia*. Estuve dudando mucho tiempo entre mi propia familia y la de Wang Liqiang en Sundang, pero al final lo que definió mi comprensión de ese término fue el recuerdo de aquella escena.

Mi primer contacto con el médico tuvo lugar antes de la disputa por la parcela de uso privado.

En esa época hacía pocos meses de mi regreso a Nanmen. Tras haber pasado en casa un mes entero, mi abuelo, que aún vivía, se había ido a la de mi tío. Una vez tuve que guardar cama durante dos días, con fiebre muy alta, la boca seca, los labios agrietados y aturdido por completo. Se dio la circunstancia de que una de nuestras ovejas estaba a punto de parir, y toda la familia estaba en el

aprisco. Yo estaba solo en casa, y oía confusamente el barullo de sus voces, en el que de cuando en cuando destacaba el tono agudo de mis hermanos.

Luego vino mi madre a verme. Dijo algo y se fue de nuevo. Al cabo de un rato volvió con un hombre. Reconocí al doctor Su, que me puso la mano en la frente.

—Tiene treinta y nueve de fiebre —le oí decir.

Cuando salieron, oí que se intensificaba la algarabía en el aprisco. La palma de la mano del médico posada con suavidad sobre mi frente me había dejado la sensación de una caricia cariñosa y familiar. Poco después oí las voces de los dos niños Su delante de casa. Más tarde supe que habían venido a traerme medicinas.

Cuando mejoré, la dependencia afectiva latente del niño respecto al adulto empezó a agitarse en mí. Antes de que me fuera de Nanmen con seis años, mis padres y yo nos tratábamos con cariño. Más tarde, durante los cinco años que pasé en Sundang, Wang Liqiang y Li Xiuying también me prodigaron sus cuidados de adultos. Pero a partir del momento en que regresé a Nanmen quedé desamparado.

Al principio, iba a menudo a la carretera a esperar el regreso del médico después de su trabajo. Al verlo llegar de lejos, me imaginaba las cosas amables que me diría al llegar a mi altura y ansiaba que volviera a acariciarme la frente con su gran mano.

Pero el médico nunca se fijó en mí. Retrospectivamente, pienso que ni siquiera se preguntó quién era yo ni por qué estaba allí. Siempre pasaba de largo, presuroso. Alguna vez me echó una ojeada, pero con la mirada de un desconocido a otro desconocido.

Los dos hijos del médico, Su Yu y Su Hang no tardaron en unirse a los demás niños del pueblo. Un día, mis

hermanos estaban segando la hierba en los ribazos del camino, y vi a los dos niños Su ir hacia allí indecisos, discutiendo algo.

Mi hermano mayor, que por aquel entonces se creía que podía mandar en todo, les hizo señas con la hoz.

—¡Eh! —llamó—. ¿Queréis segar?

En el poco tiempo que pasó Su Yu en Nanmen, sólo se acercó a hablarme en una ocasión. Aún hoy recuerdo su expresión tímida y su sonrisa claramente temerosa.

—¿Eres hermano de Sun Guangping?

Los Su se quedaron sólo dos años en Nanmen. Recuerdo que la tarde en que se marcharon el cielo estaba un poco cubierto. La última carretada de muebles se la llevó el médico; sus dos hijos iban empujando a cada lado. La madre iba detrás, con dos cestas llenas de trastos. Su Yu murió a los diecinueve años de un derrame cerebral. No me enteré de su muerte hasta la tarde del día siguiente. Ese día, al volver a casa después de clase y pasar delante de la que había sido la casa de los Su, me invadió la tristeza y se me llenaron los ojos de lágrimas.

En mi recuerdo, mi hermano mayor cambió considerablemente cuando entró en el instituto. Sin embargo, visto en retrospectiva, echo de menos al que era con catorce años. A pesar de su violencia, a esa edad tenía una arrogancia inolvidable. Su imagen sentado en el ribazo con el pequeño, ordenando a los niños Su que fueran a segar por él, fue para mí durante mucho tiempo la más representativa.

Al poco de entrar en el instituto, empezó a relacionarse con sus compañeros de la ciudad y a distanciarse de los niños del pueblo. A medida que fueron sucediéndose en casa las visitas de compañeros de clase de la ciudad, a mis padres les pareció que revertían en su honra. Unos

ancianos afirmaron incluso que, de todos los niños del pueblo, el que más lejos llegaría en la vida sería mi hermano mayor.

En esa época, dos jóvenes venían a menudo a las cercanías del pueblo al amanecer y se ponían a dar gritos. Sus voces vibraban con altibajos y, en especial cuando enronquecían, resultaban espeluznantes. Al principio, la gente del pueblo creyó que se trataba de fantasmas.

Eso impresionó mucho a mi hermano mayor.

—Nosotros queremos convertirnos en gente de la ciudad, y resulta que los de la ciudad lo que quieren es ser cantantes —dijo sombrío.

Estaba claro que había tomado conciencia de la realidad antes que ningún otro chico en el pueblo. Había empezado a darse cuenta de que nunca podría igualar a los estudiantes de la ciudad. Ésa fue la primera vez que experimentó complejo de inferioridad. Pero la verdad es que el hecho de frecuentar a esos chicos no era sino una prolongación de su arrogancia de siempre, y las visitas de sus compañeros de clase aumentaban su prestigio en el pueblo.

Se enamoró por primera vez cuando empezó segundo de instituto. Le gustaba una alumna recia y robusta, hija de un carpintero de la ciudad. En varias ocasiones lo vi en alguna esquina del colegio, sacando una bolsa de pipas de calabaza de la cartera y dándosela a ella a escondidas.

La chica aparecía a menudo en el campo de deportes comiéndose nuestras pipas y escupiendo las cáscaras con una desenvoltura digna de una madre de familia numerosa. Una vez, después de escupir, le quedó durante un buen rato un hilo de baba en la comisura de la boca.

En esa época, mi hermano empezó a hablar de chicas

con sus compañeros. Y yo, sentado en el estanque que había detrás de nuestra casa, escuchaba cosas que no había oído en mi vida. Por la ventana trasera me llegaban comentarios atrevidos sobre pechos y muslos que me hacían estremecer. Más tarde empezaron a hablar de sí mismos. Al principio, mi hermano mayor no decía nada. Pero ante la insistencia de sus compañeros de la ciudad habló de su relación con aquella alumna. Sin duda creyó a sus amigos cuando le prometieron que guardarían el secreto, pero también le salió del alma contarlo, con evidente exageración.

Poco tiempo después, la alumna se plantó en medio del campo de deportes con unas cuantas compañeras igual de descaradas que ella. Llamó a mi hermano mayor y le dijo que se acercara.

Él acudió muy nervioso. Posiblemente presentía lo que iba a ocurrir. Era la primera vez que lo veía asustado.

—¿Dices que me gustas? —preguntó ella.

Mi hermano enrojeció hasta las cejas. Para entonces, yo ya me había alejado, de modo que no presencié cómo él, que siempre se había mostrado tan seguro de sí mismo, se quedaba avergonzado y sin saber qué hacer. Animada por las carcajadas de sus compañeras, le lanzó a la cara las pipas que le quedaban.

Ese día, después del colegio, mi hermano llegó muy tarde a casa y se fue a la cama sin cenar. Durante casi toda la noche lo oí vagamente revolverse en la cama. Aun así, al día siguiente se tragó el amor propio y se puso en camino hacia la escuela.

Él sabía que lo habían traicionado sus compañeros, pero no dio la menor señal de enfado, ni siquiera un atisbo de reproche. Mantuvo su relación amistosa con ellos, aunque sé que lo hizo para que la gente del pueblo no

viera que los chicos de la ciudad dejaban de venir de repente. Pero sus esfuerzos fueron vanos de todas formas. Cuando acabaron el instituto, fueron encontrando trabajo uno tras otro, de modo que dejaron de tener tanto tiempo libre y llegó un momento en que abandonaron a mi hermano.

Un día, al atardecer, cuando sus compañeros ya no nos honraban con sus visitas, vino Su Yu de improviso. Desde que los Su se habían ido, era la primera vez que volvía a Nanmen. Mi hermano mayor y yo estábamos en el huerto. Al verlo llegar, mi madre, que estaba preparando la cena, creyó que venía a ver a mi hermano. Todavía me emociona el recuerdo de mi madre ilusionada llamándolo a gritos desde la salida del pueblo.

Sin embargo, cuando mi hermano subió de un salto al camino y llegó a casa, lo primero que le dijo Su Yu fue:

—¿Dónde está Sun Guanglin?

Así, mi madre comprendió boquiabierta que Su Yu venía a verme a mí.

—En el huerto —contestó mi hermano, mucho más frío que ella.

A Su Yu ni se le pasó por la cabeza que tuviera que decirles nada más, y sin la menor muestra de cortesía los dejó allí plantados para dirigirse hacia donde estaba yo.

Había venido para contarme que había encontrado un trabajo, que le había tocado la fábrica de abonos químicos. Estuvimos un buen rato sentados en el ribazo, contemplando en la brisa la antigua vivienda de los Su.

—¿Quién vive ahora? —me preguntó.

Sacudí la cabeza. Veía a menudo una niña salir de la casa; también veía con frecuencia a sus padres, pero no sabía quiénes eran.

Su Yu se fue cuando anocheció. Miré cómo se alejaba

encorvado por la carretera que llevaba a la ciudad, hasta desaparecer en la oscuridad. Menos de un año después, murió.

Cuando me diplomé de los estudios secundarios ya habían restablecido los exámenes de ingreso a la universidad.* Sin embargo, cuando entré en la universidad no pude ir a decírselo a Su Yu como él había hecho al ingresar en la vida activa. Alguna vez había visto a Su Hang en una calle de la ciudad: pasó a mi lado en bicicleta, radiante, con unos amigos.

Me había presentado al examen sin decir nada en casa. Para pagar la matrícula, había pedido dinero prestado a un compañero de estudios de mi pueblo. Al cabo de un mes fui a devolvérselo.

—Ya me lo ha pagado tu hermano mayor —me dijo.

Me quedé estupefacto. Cuando me llegó el aviso de admisión, mi hermano me preparó unas cosas de primera necesidad. Para entonces, mi padre ya tenía una relación con una viuda que vivía casi enfrente de casa. A menudo salía con sigilo en plena noche de la cama de esa mujer para meterse en la de mi madre. Ya no tenía disponibilidad para ocuparse de los asuntos familiares.

—¿Cómo? —exclamó sin prestar atención—. ¡Y encima lo mandamos a estudiar! ¡Menuda potra tiene!

Pero cuando comprendió que desaparecería de casa por mucho tiempo, se mostró encantado.

Mi madre era más consciente de lo que sucedía. En los días anteriores a mi partida, no paraba de mirar inquieta a mi hermano. Le habría gustado que el universi-

* Durante la Revolución Cultural, se cerraron las universidades y se suprimieron los exámenes de ingreso, que se restablecieron en 1977. (*Todas las notas son de la traductora.*)

tario hubiera sido él. Sabía que una vez licenciado podría ser de la ciudad.

Cuando me marché, el único en acompañarme fue él. Iba delante, llevando la ropa de cama con la palanca, y yo detrás. No nos dijimos nada en todo el camino. Su actitud en los últimos tiempos me había emocionado, y esperaba constantemente que se presentara la ocasión de expresarle mi agradecimiento, pero el silencio reinante entre nosotros me impedía abordar la cuestión.

—Todavía te debo un yuan —dije de repente cuando arrancó el autobús.

Me miró sin entender.

—El de la matrícula —le recordé.

Entendió a qué me refería. Vi una expresión de tristeza en sus ojos.

—Te lo devolveré —añadí.

Cuando arrancó el autobús, me asomé a la ventana a mirar a mi hermano. Estaba junto a la parada, bajo los árboles, contemplando aturrido cómo me alejaba.

No mucho más tarde, el gobierno del distrito expropió las tierras de Nanmen para construir una fábrica de algodón, y los habitantes del pueblo pasaron de la noche a la mañana a ser población urbana. A pesar de que yo estaba lejos, en Pekín, podía imaginar su entusiasmo y su ilusión. Hubo quienes soltaron alguna lágrima antes de irse, pero creo que era de esa pena que surge en el *summum* de la alegría. El viejo Luo, que se ocupaba del almacén, iba aleccionando a los demás con sus verdades.

—Una fábrica, por bien que vaya, acabará quebrando —decía a quien quisiera oírlo—. En cambio, el campo no quebrará nunca.

Sin embargo, cuando volví a mi tierra después de

años, me lo encontré en la esquina de una callejuela, con una chaqueta guateada de algodón sucia y raída.

—Ahora cobro jubilación —dijo muy ufano.

Tras irme de Nanmen, nunca llegué a sentir apego por mi tierra. Tengo desde hace tiempo mi idea sobre la cuestión. Recordar el pasado o añorar la tierra natal son, en realidad, maneras de recurrir a algo tranquilizador cuando estamos desorientados en la vida real, y, aunque al hacerlo surgen ciertas emociones, no dejan de ser puramente ornamentales. Una vez, una joven me preguntó por cortesía por mi infancia y mi tierra natal y monté en cólera.

—¿Por qué quiere que asuma una realidad de la que hui?

Si hay en Nanmen algún lugar que merezca ser añorado, es evidente que se trata del estanque. Cuando me enteré de que Nanmen iba a ser expropiado, mi primera reacción fue preocuparme por el destino del estanque. Pensaba que el sitio que me reconfortaba acabaría enterrado, como Su Yu.

Volví al cabo de diez años. Llegué a Nanmen solo, de noche. En el pueblo convertido en fábrica ya no conseguía percibir ese leve olor a estiércol en la brisa, ni el susurro de las espigas meciéndose. A pesar de que todo había cambiado por completo, deduje con exactitud la ubicación de las casas de entonces y la del estanque. Cuando llegué allí, el corazón me dio un brinco: el claro de luna me permitió comprobar que el estanque de antaño seguía existiendo. Su repentina aparición me provocó otro tipo de emoción. El estanque de mis recuerdos me reconfortaba. En cambio, verlo de nuevo ante mí despertó mi realidad pasada. Al fijarme en las impurezas que flotaban en la superficie, supe que el estanque no existía para servirme de consuelo. Para ser más preciso, estaba allí como

marca del pasado. No sólo no había desaparecido de mi memoria, sino que se aferraba a su sitio en Nanmen como recordatorio.

LA BODA

En los tiempos en que me sentaba junto al estanque, los andares rebosantes de fragante juventud de Feng Yuqing por el pueblo suscitaban constantemente mis anhelos. La joven solía venir con un cubo de madera en la mano. Al acercarse al pozo, se movía con suma cautela. Su prudencia me producía inquietud; temía que resbalara en el musgo y cayera. Cuando se inclinaba para introducir el cubo en el pozo, su trenza se deslizaba hacia delante y su balanceo me parecía arrebatador.

Un día de verano, el último año que Feng Yuqing pasó en Nanmen, al verla venir a mediodía tuve una sensación distinta de la habitual. Ella llevaba una blusa de florecitas, y observar sus pechos temblar debajo me produjo un hormigueo en el cuero cabelludo. Unos días después, pasé delante de su casa al ir a la escuela, y la vi delante de la puerta, tan hermosa, peinándose a la luz del amanecer con la cabeza ligeramente ladeada y el sol naciente derramándose sobre su cuello terso y claro, nimbando sus preciosas curvas. Sus brazos en alto mostraban el vello claro de sus axilas a la brisa matinal. Tras estas dos escenas sucesivas, cuando veía a Feng Yuqing sentía mi mirada retirarse. Mis emociones respecto a ella ya no eran tan puras, ya había prendido en mí el primer deseo físico.

Lo que me sorprendió una noche, poco después, fue un gesto de mi hermano mayor, Sun Guangping. Estaba claro que el muchacho, que tenía quince años, había des-

cubierto antes que yo la atracción que desprendía Feng Yuqing. Esa noche brillaba la luna. Cuando él volvía a casa después de haber sacado agua del pozo, se encontró con ella. En el instante en que se cruzaron, él alargó la mano y le tocó el pecho a Feng Yuqing antes de retirarla precipitadamente. Mi hermano apretó el paso hacia casa dejando a la joven allí parada, estupefacta. Se recobró al verme, y fue al pozo a por agua. Me fijé en que, mientras manejaba el cubo, iba echándose atrás la trenza que le caía una y otra vez delante del pecho.

Los primeros días tras ese incidente, pensé que Feng Yuqing vendría a casa a quejarse, o al menos sus padres. Sun Guangping no paraba de mirar alarmado e inquieto a la puerta. Pero lo que temía no sucedió, y él acabó volviendo poco a poco a su actitud habitual. Una vez vi que se encontraba con ella y le dirigía una sonrisa congraciante, pero Feng Yuqing se apresuró a pasar de largo, pálida.

También mi hermano pequeño, Sun Guangming, se había fijado en los encantos de Feng Yuqing. Con sólo diez años y sin tener ni idea de fisiología, fue capaz de exclamar al verla venir:

—¡Pechugona!

El niño, todo sucio, estaba sentado en el suelo jugando con un trozo de ladrillo sin interés. Lanzó a la chica una sonrisa estúpida, y se le cayó un hilo de baba como a un tonto.

Feng Yuqing regresó a su casa ruborizada y cabizbaja. Iba con los labios apretados, claramente reprimiendo la risa.

En otoño de ese año, el destino de Feng Yuqing dio un giro. Lo recuerdo a la perfección. Ese día, regresaba yo de la escuela por el puente de madera cuando la vi, distin-

ta de la que era siempre, rodeada de una multitud de curiosos, reteniendo con fuerza a Wang Yuejin por la cintura. La escena me impresionó. La joven que representaba todos mis anhelos miraba aturdida a los presentes con expresión implorante y angustiada. Pero la mirada de éstos, carente de la debida compasión, era de curiosidad.

—¡Miradla, qué poca vergüenza! —dijo él risueño a la concurrencia.

Las risas que se elevaron no la arredraron. Su expresión se volvió más seria y tenaz. Por un instante cerró los ojos, y me asaltaron multitud de sentimientos confusos. Lo que ella retenía con tanta fuerza no era algo que le perteneciera; tarde o temprano se desprendería de ella. Ahora, al contemplar el pasado, me parece ver que no era un hombre lo que ella retenía, sólo aire. Feng Yuqing agarraba el vacío aun a riesgo de perder la honra.

Wang Yuejin lo intentaba todo, tan pronto la insultaba como se burlaba, pero ella no lo soltaba.

—¡Pero qué mujer! —dijo poniendo cara de impotencia.

Ante la sucesión de humillaciones que le infligía Wang Yuejin, ella no intentó justificarse en ningún momento. Quizá dándose cuenta de que nunca conseguiría la comprensión de los curiosos, desvió su mirada hacia las aguas del río.

—¡Pero qué quieres, joder! —vociferó Wang Yuejin furioso tirando de las manos que Feng Yuqing mantenía agarradas una a otra. La vi apretar los dientes.

Tras el fracaso de sus esfuerzos, Wang Yuejin bajó la voz.

—Venga, di, ¿qué quieres de mí? —preguntó.

Sólo entonces habló Feng Yuqing.

—Que me acompañes al hospital a que me vean.